

y fué á Oranienbaum á referir al emperador cuanto sabia. Los regimientos de guardias se agitaron porque se acercaba el momento de obrar (1). En cuanto Panin y la Daschkaw tuvieron noticia de la prision de Passek, por conducto de los hermanos Orloff, adoptaron á toda prisa enérgicas y decisivas medidas: se trataba de que la emperatriz saliera cuanto antes de Peterhof y entrara en la capital, para una vez allí aclamarla á su entrada como única soberana (2). De noche se dirigió Orloff á Peterhof y mandó despertar á la emperatriz, la cual, acompañada de algunos oficiales, marchó resuelta y prontamente á la capital, donde entró á la mañana siguiente, dirigiéndose desde luego al cuartel de los regimientos de guardias y haciéndose allí aclamar por los soldados (3). A las nueve se presentó en la Catedral de Nuestra Señora de Kasan, á donde habia sido tambien llevado el príncipe Pablo, y allí tuvo efecto la proclamacion solemne de Catalina como emperatriz y de su hijo como sucesor al trono. El arzobispo de Nowgorod, los condes de Rasumowsky, Bruce y Stroganoff, el príncipe Wolkonsky, Panin y otros dignatarios estaban presentes al acto: 10,000 soldados rodeaban la iglesia: la caída de Pedro fué, desde aquel momento, un hecho consumado (4).

Ninguna resistencia se habia ofrecido: algunos oficiales que vacilaron en prestar juramento de fidelidad á la emperatriz fueron encarcelados. El general de la guardia de á caballo, Villebois, manifestó á la emperatriz todas las dificultades que podrian oponerse á su empresa, á lo cual ella contestó, en tono severo, que no le habia mandado á llamar para oír sus consejos, sino para saber lo que pensaba hacer: Villebois dobló la rodilla y dijo que no haria mas que obedecerla. Un mayor, Wojeikoff, que recordó á los soldados el juramento que habian prestado al emperador Pedro, corrió peligro de ser asesinado y debió su salvacion á la fuga. Ssamen Romanowitz Woronzoff, que servia en un regimiento de granaderos, pensó en correr á Oranienbaum para poner en conocimiento del emperador lo que en la capital sucedia; pero fué encerrado en la cárcel (5). Catalina refiere que los soldados del regimiento de Preobrashensk, al llegar á la catedral, excusaron su tardanza, diciendo que sus oficiales no habian querido dejarles salir. La guardia de á caballo dió muestras de cierto entusiasmo (6).

Cuando Catalina, despues de haber saludado á las tropas, llegó al nuevo palacio de invierno, encontró en él reunidos á los miembros del Senado y del Sinodo. Teploff habia ya redactado un manifiesto, en el cual la emperatriz daba cuenta del peligro que, durante el reinado de Pedro, habia amenazado al Imperio y á la Iglesia, anunciaba su elevacion al trono y calificaba de horror la paz firmada con *Satanás* (Fe-

derico) (7). En la capilla del nuevo palacio de invierno prestaron juramento de fidelidad á la emperatriz los altos funcionarios del Estado. Publicáronse en seguida algunas disposiciones para conquistar á la causa de la emperatriz las tropas que estaban apostadas en los alrededores de la capital. Los partidarios de Catalina procuraron, con habilidad suma, que la fortaleza de Cronstadt que hubiera podido ser un punto de apoyo para las operaciones de Pedro, si intentara resistirse, proclamara emperatriz á Catalina (8).

De algunas indicaciones que encontramos en escritos de contemporáneos referentes á este suceso, se desprende que un rumor que se extendió rápidamente y de un modo enigmático por la capital acerca de la muerte del emperador Pedro, favoreció en alto grado la empresa de Catalina. Algunos militares que vacilaban en reconocer á Catalina, se apresuraron, en vista de esta circunstancia, á rendirle homenaje (9). Decíase que el emperador habia caído de caballo en Oranienbaum quedando muerto en el acto; y ya se comprenderá que ese suceso habia de ejercer en aquel entonces gran influencia en la opinion pública (10). Pero el engaño, ya fuese premeditado, ya fuese hijo de la casualidad, no podia durar mucho tiempo. Las operaciones militares, los centinelas colocados en todas las calles, la accion que desde luego se dirigió contra el emperador, hubieron de convencer á todos los habitantes de la capital de que no se trataba de una sucesion regular al trono, sino de un golpe de Estado. Fácilmente podia comenzar una lucha por la corona. Pedro se encontraba en Oranienbaum rodeado de sus tropas del Holstein y de otras fuerzas; de suerte que no era difícil que pensara en la resistencia. La cuestion era apoderarse de su persona y Catalina estaba resuelta á contribuir personalmente á que este obstáculo desapareciera.

En la noche del 30 de junio (11 de julio) se puso la emperatriz al frente de un pequeño cuerpo de ejército para dirigirse inmediatamente á Peterhof, encargando por medio de un rescripto al Senado que durante su ausencia velara por la seguridad del Imperio, del pueblo y de su hijo (11).

Era una hermosa noche de verano: Catalina se presentó al frente de las tropas vestida de hombre y montada á caballo, vistiendo el uniforme del regimiento de Preobrashensk. Llevaba el sombrero adornado con una rama de roble; era una amazona en toda regla, una brillante aparicion: su mirada tenia infinitos encantos. Junto á la emperatriz, cabalgaba la jóven princesa Daschkaw, vestida asimismo de hombre. Aquella era una escena especial que cautivaba, un juego de niños que recordaba las aventuras amorosas de la gran duquesa en otros tiempos, y á la par una accion política hábil y detenidamente preparada, un acto de romanticismo y al

(1) *La Corte de Rusia*, pág. 204. Algunos detalles referidos por Panzié se encuentran en la *Russkaja Starina*, I, 218.

(2) Véanse las relaciones, en esto acordes, de la Daschkaw (I, 75) y de Panin, en las *Curiosidades de Asseburgo*.

(3) En San Petersburgo se decía que Catalina habia tenido que huir de Peterhof, saltando por una ventana del castillo de Monplaisir. Véase la relacion del embajador español en *The Academy* y las *Memorias de Panzié*. Segun una narracion de la Pequeña Rusia, el conde Cirilo Rasumowsky auxilió á la emperatriz en su huida de Peterhof. Véase el *Siglo diez y ocho*, I, 66.

(4) En la narracion del diplomático español, que vivia cerca de la Catedral, se encuentran interesantes detalles acerca de la precipitacion con que los soldados corrian, á medio vestir algunos, pero todos bien armados, á la iglesia: refiere además este diplomático que el gran duque Pablo, la cabeza cubierta con un gorro de dormir, se sentó junto á Panin en la berlina que le condujo á la Catedral.

(5) Archivo del príncipe Woronzoff, VIII, 4: relacion del poeta Derschawin, en sus escritos publicados por Grotschen, VI, 419. Derschawin era entonces soldado del regimiento de Preobrashensk.

(6) *La Corte de Rusia*, pág. 206.

(7) *Coleccion legislativa*, Número 11, 582.

(8) Los detalles de esto se encuentran en la relacion de Panin en las *Curiosidades de Asseburgo*. En el *Siglo diez y ocho* (I, 69-72) se encuentran las actas del episodio de Cronstadt.

(9) Véanse los notables detalles en las *Memorias de Panzié*, en la *Russkaja Starina*, I, 216-220.

(10) Véase el escrito de un contemporáneo que, entre otras cosas, dice: «Nunca habia estado tan convencido de que en estas circunstancias el pueblo es una máquina que puede ser puesta en movimiento sin que ella misma sepa quién la mueve.» El criado del autor de esta relacion le decía que Pedro habia muerto en la caza; pero las medidas militares extraordinarias, el ruido de la artillería por las calles y la excitacion general le cogieron de sorpresa. En todas partes se pusieron centinelas: él vió al tío de Pedro, Jorge, llevado por las calles como prisionero en un mal carro, etc. Véase de la *Marche Nuevas memorias á anécdotas*, etc., 1765, pág. 165. *Historia de Pedro III*, Londres 1774, pág. 109, Castera, (I, 146) habla de un entiero que por aquel entonces tuvo efecto públicamente para engañar al pueblo acerca de la situacion. Lo propio se encuentra en la biografía de Pedro. Tubingen, 1809, II, 117.

(11) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, VII, 101.

propio tiempo la victoria de un talento político superior sobre un adversario cuya posicion lo significaba todo, pero cuya persona no significaba nada; una especie de mascarada y á la par una dictadura para salvar á la nacion, cuya soberanía se preparaba Catalina hacia veinte años.

Pedro no pudo menos de tener en seguida noticia de los sucesos ocurridos en la capital. En la mañana del 29 de junio se entretuvo, como de costumbre, en ejercicios militares, pero en el paseo que emprendió despues de la una, un labrador detuvo el coche del emperador y enteró en pocas palabras á su ayudante Gudowitz de lo que en la capital pasaba. Sorprendido y desconcertado, dirigióse Pedro á Peterhof, á donde llegaron nuevas noticias de San Petersburgo. Un camarero que habia sido de Pedro, Bressan, que se encontraba en la capital habia dado á un labrador vestido de lacayo un billete en que se relataban los acontecimientos. A duras penas pudo el emisario burlar la vigilancia de los

centinelas y llegar á Peterhof. Entonces se dispararon las últimas dudas que podian abrigarse acerca de lo crítico de la situacion. Propusieronse varias medidas. El emperador esperaba todavia encontrar á Catalina en Peterhof y en su consecuencia registró minuciosamente todas las habitaciones (1), mandando prender al conde Alejo Rasumowsky, á la esposa de este y á las hijas del hetman Cirilo Rasumowsky que se encontraban accidentalmente en aquella residencia (2). Despues concibió la idea de dirigirse á Cronstadt y hacer allí á las tropas y á la escuadra un llamamiento en su favor. Woronzoff, Trubezkoi y Schuwaloff se dirigieron apresuradamente á San Petersburgo para adquirir noticias exactas acerca de la situacion; pero antes de que pudiera regresar ninguno de ellos, se habia ya consumado el destino de Pedro. De pronto creyó el emperador que debia esperar en Peterhof el ataque de las tropas de la emperatriz y para este objeto envió á buscar los regimientos que estaban de



Catalina saluda al pueblo desde el balcon del palacio de Invierno. Copia del dibujo original hecho por J. C. Kästner por encargo directo de la emperatriz y que se conserva en San Petersburgo

guarnicion en Oranienbaum; pero Munnich observó que seria imposible luchar contra fuerzas tan superiores; así es que se tomó al fin la resolucion de correr á Cronstadt y asegurarse de la plaza y de la escuadra.

Las damas de la corte tuvieron que acompañar al emperador en esta expedicion, de la cual una de ellas nos hace una descripcion somera, pero elocuente. La galera del emperador se acercaba á la playa de Cronstadt, á donde Pedro habia enviado, dos horas antes, un oficial que fué arrestado en nombre de la emperatriz por el vice-almirante Talysin. Todas las tropas de la ciudad habian ya prestado homenaje al nuevo gobierno. Cuando el buque que conducia á Pedro se disponia á echar anclas, y cuando se anunciaba desde él la llegada del emperador, se contestó desde la playa que no habia ya emperador y se le amenazó con dispararles algunos cañonazos. Por conductos distintos, se sabe que el emperador é Isabel Woronzoff buscaron su salvacion en las profundidades del buque, mientras que Munnich, segun refiere una dama de la corte, acariciaba á las damas, como si nada hubiese acontecido. Pedro y sus compañeros llegaron á la mañana siguiente á Oranienbaum: el emperador, sin ánimo

alguno, estaba dispuesto á consentir en todo. El plan de Munnich, segun el cual el emperador debia embarcarse inmediatamente para Reval y desde allí dirigirse en un buque de guerra á la Pomerania, donde se encontraban tropas rusas, pareció, en aquellas circunstancias, irrealizable. No quedaba, pues, otro recurso mas que entrar en negociaciones con la emperatriz que debia regresar en breve á la capital (3).

En el camino de Peterhof y á diez kilómetros de San Petersburgo descansó la emperatriz algunas horas. La Daschkaw refiere que ella y la emperatriz se tendieron en las camas de un pequeño cuarto de una taberna, sin poder conciliar el

(1) El mismo admirador incondicional de Pedro, Helbig, no puede menos de burlarse de este registro. *Biografía de Pedro III*, Tubingen, 1809, II, 124.

(2) *Relacion de un oriundo de la Pequeña Rusia. Siglo diez y ocho*, I, 66.

(3) Ya Castera (I, 155) oyó contar por la condesa Bruce y la señora Sagrjashsky los detalles acerca de este episodio de la expedicion á Cronstadt. La relacion de la última la utilizó tambien Wassilchikoff en su monografía sobre los Rasumowsky, en el *Siglo diez y ocho*, II, 455. Estos detalles concuerdan con lo que refiere Panin en las *Curiosidades de Asseburgo*.



sueño. A las cinco de la mañana siguiente ya estaba otra vez la emperatriz á caballo. En el convento de Sserkyewsk, distante algunos kilómetros de Peterhof, encontró al príncipe Alejandro Micaelowitz Golizyn que llevaba una carta en la cual el emperador solicitaba compartir con ella el gobierno. La emperatriz exigió la abdicación incondicional de Pedro (1) y prosiguió su marcha. Al poco rato, salió al encuentro otro emisario de Pedro, el general Ismailoff, di-

ciéndole que el emperador estaba pronto á abdicar. Catalina encargó al mensajero que arreglara el asunto con la mayor prontitud posible.

En el campamento de Catalina, entre tanto, no dejaba de inspirar cierto recelo lo de Cronstadt, pues todavía no se había recibido noticia alguna del feliz golpe de mano llevado á cabo por el vice-almirante Talysin, á quien la emperatriz había enviado á aquella ciudad, quedando por consiguiente



Catalina II. Reduccion del grabado de Jaime Walker. Cuadro original de Schebanoff

el temor de que Pedro se apoderase de la plaza y con la escuadra quisiese disputar en la capital la autoridad de la emperatriz.

Pronto sin embargo se disiparon tales temores. Desde Peterhof envió la emperatriz á su esposo el modelo de la abdicación, que había redactado Teploff, y en la cual declaraba Pedro francamente que durante su corto reinado había comprendido su incapacidad para regir los destinos del Estado y que, por lo tanto, renunciaba á todo poder. Pedro lo escribió así y firmó el manifiesto, despues de lo cual fué conducido, juntamente con su favorita Isabel Woronzoff, á Peterhof, en donde recibió la visita de Panin. Asseburgo refiere que Panin le había manifestado hablando de aquella

(1) Panin dice que esta fué la contestación que dió Catalina; otros dicen que nada contestó á la carta de Pedro.

entrevista que era lastimoso ver al emperador anegado en llanto; que Pedro procuró cogerle la mano para besársela y que la Woronzoff se abrazó á sus rodillas suplicando que no la apartaran de Pedro, el cual, á su vez, no parecía tener mas deseo que permanecer á su lado. Este deseo sin embargo no se vió satisfecho, pues el emperador fué conducido á la quinta de Ropscha (1) para ser trasladado desde allí á la fortaleza de Schlüsselburg (2).

No puede decirse, aun prescindiendo de la catástrofe de Ropscha que no tardó en consumarse, que la revolucion se

(2) Véanse las *Curiosidades* de Asseburgo.

(3) Catalina escribe que Pedro fué conducido á Ropscha, «mientras se preparaban cuartos decentes y convenientes en Schlüsselburg, y se enviaban los caballos necesarios para los relevos.»

llevara á cabo sin ninguna violencia. Era una sublevación militar, como lo había sido la crisis de 1741. Entonces, como en 1762, la repugnancia de los guardias por ir á la guerra desempeñó un papel muy importante en los acontecimientos. Entre aquellos regimientos, tan impopular fué la guerra de Suecia, en la época del entronizamiento de Isabel, como en 1762 la que se proyectaba contra Dinamarca. En ambos sucesos fué comun la explosion del odio nacional entre la soldadesca, y así en 1741 como en 1762 amenazó á los extranjeros una especie de *Vísperas sicilianas*; solo que en 1741, Isabel, hermana de Pedro el Grande, era una representante del principio nacional, mientras que la revolucion de 1762, por mas que en parte estuviese dirigida contra el extranjero, es decir contra la amistad que por la Prusia sentia Pedro, redundó en definitiva en beneficio de una princesa que era tan poco rusa como su esposo. Si la revolucion tuvo una significación mas importante que la puramente personal, fué porque Catalina supo, en el momento oportuno, apelar á la conciencia nacional, garantizar, en su manifiesto, los intereses de la Iglesia nacional y protestar contra la dependencia de la política del monarca prusiano. Por todo lo que se sabía y se había visto de Catalina se comprendía que sus deseos eran consolidar la independencia y poder de Rusia. La coronación de Catalina significaba para el elemento militar, que de mala gana se había amoldado á las formas prusianas, el regreso de los gloriosos tiempos de Pedro el Grande. Así como al regresar Napoleon de la isla de Elba desaparecieron los uniformes introducidos por Luis XVIII y reaparecieron las escondidas águilas napoleónicas, del mismo modo, cuando el golpe de Estado de 1762, los militares, siguiendo el ejemplo dado por Catalina que en su expedición á Peterhof vistió la antigua cota, trocaron por los antiguos los odiados uniformes introducidos por Pedro III.

Un elemento nacional de esta clase podía encerrar fácilmente graves peligros: dada la rudeza de la soldadesca, el movimiento nacional podía crecer de tal modo, que fácilmente pasara sobre las cabezas de los autores del golpe de Estado, que tan completamente contrarios se mostraban al extranjero. La energía de Catalina y de los que la rodeaban impidió que ocurrieran desórdenes de consideración, pero no que se cometieran excesos de menor importancia.

El joyero Panzié, en sus Memorias, refiere que en la mañana del 28 de junio, dos jóvenes ingleses, perseguidos por algunos soldados rusos sable en mano, debieron su salvación á que él los escondió en su casa: asegura, además, haber oido que los soldados hablaban de la necesidad de acabar con todos los extranjeros (1).

La elevada posición que en la corte y en el ejército ocupaban los parientes holsteineses del emperador había excitado general indignación, siendo de temer que el odio popular se cebara en el tío de Pedro, el príncipe Jorge, que era también tío de la emperatriz. No en vano, pues, ordenó esta, al penetrar en la iglesia de Nuestra Señora de Kasan, en la mañana del 28 de junio, que se protegiera la casa del príncipe y que dijeran á este que convenia que permaneciese oculto (2). Pero era tarde: la casa que habitaba Jorge de Holstein había sido ya saqueada por la soldadesca, siendo maltratados él y los suyos. Cuenta Panzié que á la esposa de Jorge le fueron arrancadas de los dedos las sortijas; que la servidumbre fué encerrada en la cueva y que solo su intervención y sus instancias á oficiales y soldados pudieron evitar el peligro que toda la familia temia (3).

(1) *Russkaja Starina*, I, 217.

(2) *La Corte de Rusia*, pág. 206.

(3) Véanse los detalles notables en la *Russkaja Starina*, I, 224-226.

Algunos conflictos surgieron también entre las mismas tropas, pues no todos los regimientos quisieron aprobar desde luego el advenimiento de Catalina al trono. Un regimiento de coraceros vaciló en adherirse al movimiento, é iba á estallar la lucha entre estos y otros soldados, cuando la intervención de algunos oficiales evitó ese peligro. Panzié observa que si este regimiento hubiese permanecido fiel al emperador habría podido fácilmente lograr el triunfo de su causa (4).

De la soldadesca eran también de esperar algunos desórdenes. Panzié que siguió atentamente todos los sucesos que acaecieron durante el 28 de junio, vió por la tarde, con espanto, que los soldados acampados en las calles y plazas, derribaban las puertas de las bodegas de las casas, sacaban aguardiente de las tabernas y se entregaban á la bebida (5). En una relación de la época se dice que los sacerdotes excitados por el vino se mezclaban entre los soldados aumentando el desorden. Muchos estaban en la creencia de que Pedro había muerto, pero al saber que solo se le había encarcelado, comenzó la discusión acerca de si había ó no derecho para destituirle y prenderle. La divergencia de opiniones hubo de producir violentas escenas (6). Catalina tuvo ocasión de conocer la excitación é indisciplina que entre los soldados reinaba, cuando, al tercer día de la revolución, regresó, completamente agotadas sus fuerzas, á la capital y quiso conciliar por algunas horas el sueño, en el palacio de verano. El poeta Dershawin refiere que los soldados del regimiento de Ismailoff, que habían consumido gran cantidad de aguardiente, vino y champagne, se presentaron de noche delante del palacio de verano y exigieron que se presentara la emperatriz, para convencerse de la falsedad de un rumor que había corrido de que la emperatriz había sido secuestrada para ser entregada al rey de Prusia. En vano trataron los oficiales de tranquilizar á los soldados; en vano se presentaron en la plaza Ivan Ivanowitz, Schuwaloff, Rasumowsky y los hermanos Orloff para destruir aquella creencia: Catalina tuvo que ser despertada y presentarse ante los soldados vestida con el uniforme de los guardias. A la mañana siguiente publicó una proclama á los soldados, en la cual se les ensalzaba por el interés que habían mostrado hácia la emperatriz y se les excitaba enérgicamente á la obediencia. Reforzáronse los centinelas de palacio y durante algunos días se colocaron delante del edificio algunos cañones con las mechas encendidas hasta que hubo desaparecido la agitación (7).

Tales desórdenes no habían sido previstos, á pesar de lo

completados por las Memorias de Bolotoff. De la Marche, pág. 167, 190, 201. En la *Historia notable de Pedro III* (Francfort y Leipzig 1763, pág. 41) se niegan ya los rumores que se habían propalado acerca de algunas heridas.

(4) *Russkaja Starina*, I, 219-220.

(5) *Russkaja Starina*, I, 223.

(6) Estos episodios no son inverosímiles: sin embargo el autor del documento inserto en la obra de la Marche, pág. 188, va demasiado lejos cuando dice: «El descontento y el arrepentimiento se apoderaron de muchos, y un jefe atrevido hubiera bastado para restablecer á Pedro en el trono, con la misma rapidez con que había sido destronado, etc.»

(7) Lo que Dershawin escribe en sus *Memorias* está confirmado por un escrito de Catalina en *La Corte de Rusia*, págs. 212-213. ¿De dónde está tomada la noticia que da Bernhardt de que «los embajadores austriaco y francés (Breteuil no estaba presente) hicieron repartir aguardiente entre las tropas y el pueblo?» Que los soldados se apoderaron por sí mismos del aguardiente está probado, entre otras cosas, por el gran número de solicitudes que fueron presentadas al gobierno poco despues del golpe de Estado y en las cuales los propietarios de las bebidas pedían una indemnización por el saqueo que de ellas se había hecho. A un comerciante le fué robado vino por valor de 4,044 rublos: la suma total ascendía á 24,331 rublos. Ssolowieff, XXV, 124.